

LA «LEYENDA NEGRA»

Con esta triste manifestación del «francesismo» en Portugal, tocamos una de las principales causas del decaimiento espiritual de la Península en el mundo. No sólo se sacrificó Portugal a un falso espejismo europeo, centralizado en París, considerando como nulo su esfuerzo civilizador. Tanto o más que nosotros, se abandonó a él España por completo, a punto de que Salaverría ha denunciado lo que él llama la «superstición de Europa», que no es otra cosa el mal gravísimo de que adolecen las inteligencias y las sensibilidades de su país. Constituiría, efectivamente, un largo y aclaratorio estudio el que dedicásemos al simple inventario de las circunstancias que, a continuación del eclipse suyo del siglo xvii, arrancaran a la vecina España la supremacía que durante más de cien años ejerció en la política y en la cultura de nuestro continente. Identificada en absoluto con la razón principal de Europa, que era la razón católica, al propagarse el incendio individualista soplado por el viento de la Reforma, la España filipina se vió aislada y agotada desde que entraron como vencedores en la vida de los Estados y en la

conciencia de los ciudadanos los fermentos de rebel-
día diseminados por Lutero, el «hombre-alemán», el
destructor del orden natural y tradicional, a tanto
coste levantado de entre las agonías creadoras de la
Edad Media.

Siempre que medito sobre ello, la inmensa alma
patética de España se materializa para mí en ese
formidable cuadro del Greco, *El entierro del Conde
de Orgaz*. A la llamarada vacilante de los cirios, em-
bebidos en las realidades cotidianas de la «Ciudad
de Dios», es el espíritu español militante, apostó-
lico e incomprometido, quien recibe allí los últimos
homenajes de una edad del mundo que va a termi-
nar. Quijote, en su drama infinito, se vuelve así la
expresión macerada de la España que defendió la
latinidad de las bárbaras alteraciones del protestan-
tismo y del azote inexorable del turco. Caricatura
truculenta y arcaica, para quienes no sienten dentro
de sí la llama inspiradora de la Cruzada, no se hará
esperar el que España rueda al limbo oscuro de los
detritos de la historia y el que, en pleno carnaval
naturalista del siglo XIII, los filósofos de Francia, su-
perficial y gárrula, la cubran de despiadados vitu-
perios. «Con la irreligiosidad de los filósofos uníase
un odio y un menosprecio singulares a España, en
que veían ellos el pueblo de la Inquisición, de la in-
tolerancia y de la escolástica, como nos llamó Vol-
taire repetidas veces, procurando pintarnos, a tenor
de esa tendencia, de la manera más antipática y re-
pulsiva», escribe Salcedo Ruiz (1). En el *Ensayo so-*

(1) *Literatura española, resumen de historia crítica*. To-
mo III, página 67.

bre las costumbres, dice que en España «las prácti-
cas devotas ocupan el lugar de los quehaceres para
los ciudadanos que nada tienen que hacer», y, se-
gún él, todas las españolas están claustradas, con-
templando por la reja a sus amantes, que tocan la
guitarra al pie de la ventana. El sesudo Montesquieu
tampoco concibe al español sino tocando la guitarra
junto a una ventana, y larga sandeces tan hueras
como que en España la primera condición para ser
galante es no tener miedo a los constipados, sin duda
por haber de pasar tanto tiempo al aire libre rasgan-
do las guitarras; dice que somos, en primer lugar,
devotos, y en seguida envidiosos, adictos a la super-
stición, y que no leemos más que novelas y libros es-
colásticos. En este ambiente fué escrita la *Enciclo-
pedia*, y no es de maravillar que Masson de Morvil-
lers, en el artículo «España», fulminase contra nues-
tra patria aquella tremenda simpleza, tan repetida
después: «Que en diez siglos había sido completa-
mente inútil a Europa y a la cultura universal».

Y Salcedo Ruiz concluye: «No hay que alegar
que Masson de Morvillers fuese un escritor oscuro
en Francia; no lo era la Enciclopedia, en que soltó
esa paparruchada con beneplácito de los dioses ma-
yores del filosofismo y de la literatura, y no hizo otra
cosa sino repetir, como fiel discípulo o sectario, lo
que enseñaban aquellos maestros. Era, según decí-
mos, el ambiente, desconocido antes en la literatura
francesa, y que por odio a la Iglesia Católica nos
odiaban y menospreciaban a la vez. Así nacían jun-
tamente «la leyenda de la España negra», y «la le-
yenda de la España de guitarra y pandereta», siendo
la primera motivo para execrarnos, y la segunda

para reírse de nosotros. Lo peor del caso fué que los españoles, a quien sedujo el movimiento enciclopedista, adoptaron también la tendencia antiespañola, comenzando de este modo las generaciones de liberales españoles enemigos de España, y los que siguieron tales rumbos, aceptaron como una verdad demostrada la España de la guitarra, que llevaba dentro de sí la España de los toros, de las manolas y de los chulos. Por sugestión extranjera acabamos autofalsificándonos».

He aquí perfectamente condensada la genealogía de la larga calumnia que entenebrece a España y la roba la irradiación con que durante períodos de alta y desinteresada cultura iluminó y ennobleció a Europa. En el aspecto trágico y en el aspecto burlesco, esa «leyenda negra» que la España picaresca de las panderetas y de los toreros alía a la España siniestra de los *Autos de fe* y de los Felipes, tiene, como se ve, un origen sobre todo francés. ¡No bastó que Francisco I se aproximase al turco con grave amenaza para la civilización! ¡No bastó tampoco que, por odio a España, a su política eminentemente cristiana, la Francia de Luis XIV destruyese en Westfalia la Sociedad Internacional, basada en el viejo y siempre humano consorcio de la Fe y del Imperio, sustituyéndola por el principio anárquico del «equilibrio europeo», remoto generador del Tratado de Versalles y de la actual «balcanización» de Europa! Por la pluma mercenaria de Mr. Masson terminaba ahora, en pleno bazar ideológico del Enciclopedismo, que, a través de la arrastrada procesión de diez siglos, la humanidad, el mundo, nada debían a España. ¡Y entretanto, no se habían extinguido del todo

los resplandores de la intensa supremacía intelectual y literaria que España había ejercido con sus dramaturgos, con sus pintores, en la misma Francia, que tan incansable se revelaba en la infamación!

Evidentemente no podemos instruir el proceso de la mentira sistemática que transformó a España en una cosa mixta de hediondez y de jocosidad, especie de bufón con entrañas de Nerón, que gustase de los espectáculos estridentes, en los que Moloch se reverencia entre borbotear de guisos y llamas suplicatorias. Con todo, a nuestro propósito de abrir derroteros a una nueva comprensión del ideal hispanista, no es indiferente que dejemos, apuntada al menos, una nueva *errata* necesaria e inaplazable. Nadie mejor para formularla que un francés especializado en dilatados trabajos de erudición españolista: «La nación que cerró el camino a los árabes—observa Morel-Fatio—(1), que salvó a la cristiandad en Lepanto, que descubrió un mundo y llevó hasta él nuestra civilización, que formó y organizó la bella infantería que sólo pudimos vencer imitándola en su constitución; que creó una pintura llena del realismo más poderoso; en teología un misticismo que elevó las almas a una altura prodigiosa; en las letras una novela social, el *Quijote*, cuyo alcance filosófico iguala, si no supera, al encanto de la invención y del estilo; la nación que supo dar al sentimiento del honor su expresión más exquisita y altiva, merece, fuera de toda duda, que se la considere en el debido aprecio y que se intente estudiarla seriamente, sin entusiasmos tontos ni injustas prevenciones».

(1) Cita de Julián Juderías en *La leyenda negra*.

Tales son los términos exactos del problema. Décese, aunque sumariamente, de las sensatas reflexiones de Morel-Fatio que hay una *civilización española*, y que esa *civilización* abrió en la Historia un surco profundo e inextinguible.

Para caracterizarla cedamos el lugar al autorizado publicista don Rafael Altamira: «Con todas estas reservas, cuyo desarrollo necesitaría mucho espacio—pondera el docto escritor—, cabe formular la interpretación y juicio de la civilización española en sí y en su relación con la del mundo (1). Aquí no haremos, según ya va dicho, más que apuntar algunos de los servicios realizados por España, y en virtud de los cuales, en el acervo común de ideas, producciones, costumbres y sentimientos que constituyen el patrimonio útil de la Humanidad, el nombre español tiene un sitio imborrable e insustituible en su peculiar modalidad». Y Altamira prosigue: «Los servicios a que me refiero son:

1.º España ha recogido, a la caída del Imperio romano, la cultura clásica, y ha contribuído eficazmente a mantener su tradición en Europa durante algunos siglos: San Isidoro; la Lex romana visigothorum.

2.º Ha recogido y difundido en la Edad Media la cultura antigua que los musulmanes se asimilaron, y la que éstos y los judíos produjeron en diferentes órdenes de la ciencia y de la literatura: Toledo, Alfonso X.

3.º Ha contribuído notablemente a salvar a Eu-

(1) *España y el programa americanista*, páginas 170 y siguientes. Madrid, Editorial Americana.

ropa del peligro musulmán y turco: la Reconquista; luchas en Hungría, en el Mediterráneo y en Africa.

4.º Ha colonizado y civilizado casi toda la América y parte de Oceanía, y le corresponde una parte considerable en los descubrimientos geográficos que han completado el conocimiento de la tierra, con sus consecuencias extraordinarias en orden a las ciencias naturales y físicas y al aprovechamiento de nuevos productos.

5.º Ha impulsado el desarrollo de la cartografía y de las ciencias aplicadas a la navegación, difundiendo sus obras de esta especie en otros países, que lo aprovecharon.

6.º Ha puesto las bases, con los trabajos de sus crónicas y viajeros en América y Oceanía, de la filología y la sociología de los pueblos indígenas del Nuevo Mundo, y ha iniciado, con Hervás, los estudios de lingüística comparada.

7.º Ha dado al mundo el ejemplo de un sentimiento inquebrantable de independencia, concurso a la obra de las nacionalidades modernas.

8.º Ha reconocido, como nadie, el derecho humano que corresponde a los llamados «pueblos inferiores», de quienes son las leyes de Indias el más alto ejemplo de legislación amparadora y tutelar.

9.º Ha creado una literatura realista y un teatro modelo de su especie, así como un alto ideal literario (Don Quijote), hecho «humano» por reconocimiento de todos los pueblos y de todas las épocas; así como un realismo pictórico, y, en general, plástico, que será siempre educador de los artistas: Velázquez, nuestra escultura indígena.

10. Las cualidades generosas, caballerescas, románticas, en el buen sentido de la palabra, liberales y hospitalarias de su espíritu, sobrias y honradas de sus costumbres, significan una corrección viva, siempre saludable, del espíritu egoísta, mezquino, utilitario, a que con demasiada frecuencia arrastran las necesidades materiales de la vida y de la codicia de los hombres.»

«Prescindo—añade en una nota don Rafael Altamira—de lo que significaron (y todavía significan) en el orden de las ciencias jurídicas, filosóficas y teológicas nuestros escritores de los siglos XVI y XVII, para que no se diga que resuelvo de una vez cuestión que todavía se discute. Pero debo decir que la discusión no existe ya más que para una parte de esas disciplinas. Así, ya reconoce todo el mundo el valor de muchos de nuestros jurisconsultos (Vitoria, Suárez, Márquez, Soto, etc., etc), precursores de Grocio, en cuanto al Derecho internacional, y de varias teorías modernas de filosofía jurídica. Lo mismo podría decirse de otros asuntos de filosofía general» (1).

En apretado esquema condensa el profesor Altamira las líneas sustanciales de la civilización españo-

(1) No estoy de acuerdo con las afinidades que Altamira encuentra entre la construcción jurídica de Grocio y las de los insignes teólogos españoles. La de Grocio reposaba sobre el individualismo de los Estados. Fué la que triunfó en Westfalia, más o menos, y destruyó la sociedad internacional basada en la idea de Cristiandad. Por el contrario, los teólogos y tratadistas peninsulares, con nuestro fray Serafín de Freytas a su frente, reelaboraron en un sentido orgánico los conceptos recibidos de los escolásticos de la Edad Media. En esos con-

la. Queda suficientemente señalado el alcance innoble de la «leyenda negra» que deprime a España y la liviandad sectaria con que el enciclopedista Mas-son escarnecía todo su pasado de evangelización y de cultura. Pero para que la corrección se complete, se nos impone el añadir que esa civilización, tenida y presentada como «española», es menos «española» que «hispanica». De formación exclusivamente peninsular, no pertenece únicamente al conglomerado de pueblos y antiguas soberanías que se concretaron en la España actual. Portugal poseía en ella su parte, y aun en esto, en la manera como las dos patrias hermanas se desconocen y hostilizan, se verifica el efecto más desastroso y funesto de «la leyenda negra».

Con su profunda clarividencia histórica, aunque casi siempre pervertida por una errónea formación filosófica, Oliveira Martins ya acentuaba bien la unidad de esa civilización, que llamó «ibérica», sacrificando a los mitos intelectuales de su tiempo. Llamémosla nosotros «hispanica» recogiendo de Camoens el sentido superior que a la palabra «hispanismo» débese conferir. No se trata, declarémoslo con nitidez, de grosera superstición política, traducida en el *Iberismo* revolucionario y masónico del siglo pasado. Para el pensamiento de Camoens, y siguiendo la tradición clásica, España representaba

ceptos reside aún ahora la única posibilidad espiritual de un Derecho internacional firme, para su aplicación y sanciones en una regla común, tanto para los Estados como para los individuos. Todo lo demás son subjetivismos estériles, si no insensatos y mortíferos.

solamente un apelativo de naturaleza geográfica. De este modo y conforme con Camoens, España

Com naçoens diferentes se engrandece,
Cercadas com as ondas do Oceano,
Todas de tal nobreza, e tal valor,
Que qualquer dellas cuida, que ha melhor.

Son esas naciones:

... o Tarragonez, que se fez claro,
Sujeitando Parthenope inquieta,
O Navarro; as Asturias, que reparo
Já forão contra a gente Mahometa.

Y además:

... o Gallego cauto, e o grande, e raro
Castelhano, a quem fez o seu Planeta
Restituidor de Espanha, e senhor della,
Bethis, Leao, Granada, com Castella.

Enfrente de los *Lusiadas* y para la conciencia alta del Quinientos, vemos, pues, cómo España concretaba, cultural y geográficamente, un concepto super-nacionalista que tenía sus límites en los límites de la propia Península. Reproduciendo posteriormente el sentido camoniano de la *unidad hispánica*, Almeida Garret recordaría en los principios del romanticismo, y en una nota a su *Camoens* (1): «Ni una sola vez se hallará en nuestros escritores la palabra «español» designando exclusivamente al habitante de la Península no portugués. Mientras Castilla estuvo separada de Aragón, y ya mucho después de unida a

(1) Canto III, nota D.

León, etc., nosotros y las demás naciones de las Españas, aragoneses, granadinos, castellanos, portugueses y todos, éramos, por propios y extraños, llamados *españoles*; así como aún hoy llamamos alemán indistintivamente al prusiano, sajón, hannoveriano y austriaco, y como el napolitano, el milanés, el veneciano y el piamontés, indistintamente, reciben el nombre de italianos. La fatal pérdida de nuestra independencia política después de la batalla de Alcazarquivir dió el título de Reyes de las Españas a los de Castilla y Aragón, quienes lo conservaron aun después de la gloriosa restauración de 1640. Pero españoles somos y de españoles nos debemos preciar cuantos habitamos esta Península».

Se comprende, sin exigir rectificación mayor, que, a pesar de su depurado nacionalismo, Almeida Garret confundía «español» con «hispánico», y consecuentemente «hispanismo» con «españolismo». Aparte, sin embargo, esta diferencia esencial, el sentimiento de la unidad peninsular se le aparecía ya en el crepúsculo de los grandes motivos, que tan de cerca habían enlazado las dos patrias de la Península, en la misma elevada comprensión con que Camoens los cantó y celebró. Si lo consideramos bien, el olvido de la solidaridad que en la vida y desenvolvimiento de la civilización hispánica nos pertenece a nosotros los portugueses, coincide significativamente con los períodos más bajos y más ignominiosos de nuestra decadencia. No representa esto, en modo alguno, afrenta u ofensa para nuestro brío de pueblo libre. Meditando con detención el espíritu independiente de prejuicios en la función que desempeñamos dentro del cuadro social y cultural de la Penín-

sula, se comprueba sin dificultad que el «genio peninsular» o «hispanico» está constituido por dos aspectos, respectivamente encarnados en Castilla y en Portugal. Militante y dominadora, Castilla, y con Castilla el *Quijotismo*, interpreta el concepto imperialista de la existencia. Pero, simultáneamente, persuasivo y comunal, en su íntima complejión lírica, Portugal le sirve de expansión, a través, sobre todo, de la religión instintiva de la Esperanza, de que el mito del Encubierto es la revelación máxima.

Amando así lo Absoluto—«sed insensata de Absoluto», decía en su criticismo esterilizante la pluma escéptica de Monís Barreto—, no es difícil comprender cómo el «genio hispanico» se ajustó sin apremios a las verdades del Cristianismo. Ya observó San Agustín que los pueblos ibéricos podían alcanzar por sí propios la contemplación y la posesión del Dios Uno y Omnipotente (1). Y su discípulo, fué un hispanico, Paulo Osorio, quien primero encontró, por intermedio de la concepción cristiana de la Redención, el sentido de la Historia Universal. Claramente se infiere de aquí que el Cristianismo es en el alma de las gentes hispanicas algo propio, algo como una estratificación racial. Es equivocada la idea, por tanto, que vulgarmente se atribuye a la designación «Latinidad». La «Latinidad», en sus componentes, es únicamente la suma del influjo religioso y moral del Cristianismo, ligada a la máxima germinación de las virtudes nativas de los pueblos hispanicos. Basta para demostrarlo el que después de Augusto y cerrado el ciclo de oro del prestigio de Roma, son

(1) *De civitate Dei*. (Libro III, cap. XIX.)

las Españas, es la Península la que alimenta de generales, de políticos, de poetas, de filósofos y hasta de Emperadores a la ciudad augusta de las siete colinas. En prueba de ello, registremos nombres como los de Séneca, Columela, Quintiliano, Trajano y Teodosio. «Me peritus discet Iber!», exclamaría el maestro Horacio en el deleitoso y quieto remanso de su huerto.

Posibilidades fortísimas son éstas que, en plena romanización, afloraron con tanto vigor, y que el Cristianismo había de afinar más tarde, elevándolas a un grado no susceptible de comparación. No es indiferente, mientras tanto, el acentuar que lo «hispanico» no ascendía a tal esplendor, únicamente por la gracia y por el esplendor de Roma, de la Roma de los Cesáres. Metido en su condición de autóctono, encerrado aún en el estrecho círculo de su rudimentaria sociabilidad, nos daba, con Viriato, el tipo imperecedero del caudillo nacionalista: algo así como el hermano mayor de los héroes fundadores de las modernas nacionalidades. Lo que Roma hizo con el «hispanismo» fué desbaratarlo, fué incorporarlo a la universalidad de los valores humanos. Pero, en cuanto Roma, como administradora general de la humanidad, le coordena y capitaliza el patrimonio tan sólo, lo «hispanico», atraído hacia la Dacia por Trajano, deja allí, en medio de una feria contradictoria de razas, la huella imborrable de su origen. ¡Así, en el alborear de la adolescencia peninsular, mal sacramentados aún por la fe de Cristo, nos lanzamos a construir los cimientos de la actual Rumania, de esa especie de hija natural, nacida fuera del matrimonio, en una aventura de la primera mocedad!

El sello estampado por el genio hispánico en el corazón de la tierra balcánica quedó impreso de tal manera, que en una conferencia interesantísima, pronunciada en París por la poetisa rumana Adrio Val (1), nos encontramos con el siguiente pasaje: «Mais toutes nos doinas (2), gaies ou tristes, desespérées ou joyeuses, sont des chansons de Dôr... Dôr... le mot le plus roumain qui soit au monde, celui qui nous embrasse tous, qui naît avec chacun de nous, qui ne meurt avec aucun». Y Adrio Val explica: «Dôr? L'expression même de notre pays et de notre âme... dor, parole intraduisible qui ne se comprend pas, qui se sent seulement et dont je n'ai trouvé le presque équivalent que dans la langue de nos frères portugais la «saudade» (3).

En esta forma, antecediéndose a sí propia la queja dolorida de nuestros cancioneros («Dôr cela veut dire nostalgie, désir, douleur, joie de souvenir, tristesse d'être loin, mélancolie inconnue qu'on porte en soi dès l'enfance et cela veut dire la fièvre héroïque d'aller combattre l'ennemi de la terre roumaine...»), aclara aún Adrio Val), de este modo—insis-

(1) Poètes Roumains. Conférence faite «Au Lyceum» le 26 Avril 1921. (Página 16.)

(2) Les doinas: Chansons! Chansons qu'on murmure sans savoir pourquoi, qui s'éveillent en vous avant votre pensée, avec votre âme même... (Adrio Val.)

(3) Comentando algunas trovas populares rumanas que reproduce, observa Ramón de Basterra en su reciente libro *La obra de Trajano*: «Se nota la insistencia de usar la palabra dor, duru, dorul, intraducible y que no presenta equivalencia sino en el léxico de otro pueblo desventurado. Dor es *saudade* en portugués. Sólo que el sentimiento rumano es más intenso, más corrosivo y, por decirlo así, ígneo. El lirismo rumano pre-

to—la queja dolorida de nuestros Cancioneros, de los Cancioneros galaicolusitanos, florecía en la falda de los Cárpatos, en el destierro perpetuo de las soledades balcánicas. Evoca Adrio Val en su conferencia el encuentro casual de Elena Vacaresco durante una noche helada de invierno, con un viejo que se muere de frío: «Mademoiselle Vacaresco entendit avec stupeur que le vieux murmurait sans cesse les mêmes et les mêmes paroles:

«Père Trajan, père Trajan, pourquoi nous as-tu amenés ici?...»

«Entendez-vous ce cri à moitié inconscient du vieux, glacé par l'âpre hiver, ce cri vivant, adressé deux mille ans plus tard à l'Empereur Trajan, maître de Rome, qui, le premier, emmena dans ces terres lointaines des colons romains?...» «Père Trajan, père Trajan, pourquoi nous as-tu amenés ici?...» «Oh! la poignante nostalgie du pauvre vieux—commenta la poetisa—, qui n'avait jamais vu le soleil de la Méditerranée... mais qui le portait tout entier dans son coeur usé!...»

¡No era el sol del Mediterráneo lo que el pobre viejo guardaba en su corazón deshecho! Guardaba más bello y más inolvidable el perfume emotivo que desarrolló en el «dôr» y que no es sino el ansia alada

senta con el lusitano sorprendente parecido. En ambos romances se desmenuzan las emociones en diminutivos cariñosos, y se revela la misma infinita capacidad de sufrimiento en la cantiga (Basterra escribe *cantinha* por error) del portugués y en el cantic del dacio. Separados de los valles verdes de sus tierras, los dos sienten la misma angustiosa ausencia, que el uno llama *saudade da menha* (sic) *terra* y el otro *doru de tara mea*. (Madrid, Calpe, 1921, página 181.)

de la burbujeante poesía lusitana. Saludemos en este anciano, que increpaba a Trajano, bajo la nieve y bajo el viento, a casi dos mil años de distancia de haberle llevado, como guarda de la Latinidad, a una extraña e inhospitalaria ribera; saludemos en ese anciano la persistencia del genio hispánico, que ya, en el alborear de sus destellos, se mostraba tan vivaz y apasionado. Al mismo tiempo, en el cuño especial que imprime a Rumania una personalidad que nada encubre o asimila, séanos agradable el contemplar la cualidad madre de los pueblos peninsulares. Dios nos destinó para creadores de nacionalidades, para sembradores de civilización. Por eso el Cristianismo casó tan apretadamente con nuestra profunda vocación apostólica.

No legó Roma al mundo sino colonias, y de ellas sólo Rumania, engendrada por la colaboración hispánica, perdura hoy en el ajedrez balcánico como célula latina. Tampoco las naciones contemporáneas se condecoraron con ese collar de las veintitantas patrias americanas en que se habla, como tuyas, las dos gloriosas lenguas peninsulares. Del otro lado del Atlántico se manifiesta claramente cómo dimana ahora de la alianza del Cristianismo con el Hispanismo, en la única forma posible, la Latinidad. «Civilizar es espiritualizar», ha dicho Jacques Maritain. ¿Y qué espiritualiza la sociedad, qué torna fecunda la ley del espíritu, si no es el Cristianismo? Porque se identificó enteramente con sus doctrinas y con sus principios de salvación, el Hispanismo fué el fermento civilizador de la edad moderna, exactamente por virtud de su amor al Absoluto, que en las negruras de la proto-historia de la Península llevaba ya a sus

naturales a entrever la verdad de un solo Dios Creador.

Con el avance de la fe de Cristo, la Península asume el papel de baluarte suyo, de su mayor gonfalonero. Ligada como está al cristianismo la suerte de Europa, es en la Península, sobre todo, por influencia de los Concilios de Toledo, donde la barbarie germánica se endulza y latiniza. La Península sufre y detiene el choque avasallador de la marea islámica. Entretanto, aprovechada por los doctores árabes la ciencia eclesiástica de Oriente—restos de la vieja sabiduría clásica—, la Península la transmite a Europa, sedienta de nuevas luces. Ya Isidoro, el santo arzobispo de Sevilla, recopilara como una vasta enciclopedia de todos los conocimientos alcanzados por el estudio y por la industria del hombre. Ahora, al correr de la Edad Media, los filósofos y pensadores árabes de la Península se occidentalizan, gracias a la penetración saludable de Aristóteles. Los materiales que transmiten la síntesis de Santo Tomás son importantísimos; nadie duda ya de los subsidios proporcionados por las escuelas árabes de la Península a la labor intelectual del gran «Doctor Angélico».

Como hay que defender con la espada las barras de la civilización, los caballeros y los Monarcas peninsulares aprovechan el concurso de los judíos y mahometanos sometidos, entregándoles la conservación, la copia y hasta el comentario de los manuscritos salvados entre los escombros humeantes de tanta catástrofe sobrepuesta. La cruzada nos ilumina entonces inflamadamente, y para ganar las indulgencias respectivas no es necesario ir a Tierra San-

ta, basta con venir a la Península a combatir al moro, enemigo de la cristiandad, y por tanto, de la civilización. Compréndese, pues, por qué en el desenlace de la pugna que se trabó en Las Navas de Tolosa, Inocencio III concentra toda su noble y crepitante ansiedad. Compréndese también por qué al acoger en los atrios de su palacio de Avignon los despojos del Salado, que Juan Martínez de Leyva le llevaba de parte de Alfonso XI, Benito XII les saliese a recibir entonando, jubiloso, el *Vexilla Regis*.

En cruzada continuábamos portugueses, castellanos y aragoneses cuando emprendimos más allá de las aguas, los caminos de nuestra segunda expansión. Sobre todo a Castilla y a Portugal, pertenecían la dilatación de la Fe y del Imperio, según la definición inspirada de Camoens. Portugal, portador de vocación marítima de la Península, lleva al Atlántico el eje de la civilización, hasta entonces confinada en el Mediterráneo. Castilla mantiene en Europa la hegemonía de la Cristiandad, derrotando al turco en la tierra y en el mar y reduciendo a los límites del desorden alemán el lastre de la revolución luterana. Después, mientras en la epopeya ultramarina nosotros abríamos a nuestro continente horizontes y caminos imprevistos, en Trento los teólogos españoles garantizaban la libertad del espíritu humano, aplastando triunfalmente las influencias de la terrible doctrina calvinista de la predestinación. Bien se alcanza a estas alturas el por qué, en un rasgo de percepción genial, Oliveira Martins llamara a los *Lusíadas* el «testamento político de España». Realmente, en las estrofas del poema inmortal palpita como

en ninguna parte esa unidad de la civilización peninsular, que por ser tanto castellana como portuguesa es esencialmente *hispanica*.

Se partió, se fragmentó, cuando al levantarse sobre adversas ideologías, el individualismo social y político, salido de la Reforma y agravado con el naturalismo del Renacimiento, llevó a Portugal y España al divorcio y aislamiento recíprocos, y en seguida al rompimiento del siglo XVII. Convertidas en adversarias irreconciliables las dos patrias de la Península, al quebrarse el sabio paralelismo en que ambas habían vivido durante la centuria del Quinientos, la hegemonía del hispanismo desapareció de la faz de Europa, en la hora en que la idea de la Cristiandad se deshacía totalmente en Westfalia, dando lugar a la anarquía y a la preponderancia del más poderoso en las relaciones internacionales de los Estados. ¡No todo se perdía, sin embargo! España (antes Castilla, según la lección de la política camoensiana) comunicaba a la cultura europea, con su *Don Quijote*, un compendio vivo de sugerencias literarias y filosóficas. Nosotros, universalizada nuestra inconfundible sensibilidad lírica por la *Diana* de Jorge de Montemayor, dictábamos a Europa un canon de soberano sentimentalismo, del que se alimentaría después todo el dorado siglo de Versalles, y con él Juan Jacobo Rousseau, la propia Revolución Francesa. Así, aunque bastardeada en las exageraciones naturales de su emoción, una de las fases del genio peninsular preside el desenvolvimiento de la concepción romántica de la vida, y la otra, a través del eterno patético del *Quijote*, ve derivar de ella, igualmente por vía espúrea, todos los absurdos subjetivismos

intelectuales y morales que reconocen en Kant su supremo pontífice.

Espanoles y portugueses, completando con su concurso espontáneo y cordial la síntesis superior del *hispanismo*, poseían de la existencia el concepto que Calderón de la Barca expuso en versos inolvidables en *El alcalde de Zalamea*:

Al Rey la hacienda y la vida
se han de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios...

No es difícil entender cómo, a pesar de ser una pequeña minoría, consiguieron imponer una ley a Europa: la ley del Espíritu, y llevar, además, al otro lado del Océano semillas que florecen ahora magníficamente en el despertar de la maravillosa y juvenil América. De la ley servida y dilatada por españoles y portugueses en pleno festín del Renacimiento deriva lo poco que se mantiene de sólido y fecundo en las nacionalidades modernas. Defendida y aumentada por los dos pueblos peninsulares, la civilización — ¡y civilizar es espiritualizar, no lo olvidemos! —, cuando la noción *social y religiosa* del individuo se sustituye, al desarrollarse la Enciclopedia, por la noción *individualista* de la sociedad, se dibujan entonces los comienzos de la economía llamada «liberal», engendradora del capitalismo. ¿Cuál es su génesis, cuál su formación? Son conocidas las afinidades del puritanismo con el desenvolvimiento de las tendencias capitalistas. Ahora bien: publicistas como el profesor Werner Sombart (1) llegan a la conclusión

(1) Véase el libro de Henri Wickam Steed, traducción de

de que todos los elementos del puritanismo que facilitaron la victoria del capitalismo pertenecen a la religión judaica, principalmente a su práctica e interpretación talmúdica.

El tema es interesante y por demás amplio para que se cotejen aquí debidamente las dos nociones de la sociedad en conflicto: la noción *hispanica*, nutriéndose de su amor al Absoluto, y la noción *capitalista o democrática*, no pensando sino en dominar lo *relativo* y materializando las más altas y nobles aspiraciones del hombre.

Venció la segunda, llevando a Europa a la orilla del abismo en que hoy se encuentra, indecisa y casi destrozada. De ahí la divulgación sistemática y apasionada de la «leyenda negra» contra la España defensora de un concepto del mundo tan irreductiblemente opuesto. Este concepto es un concepto cristiano. Pero nosotros, los peninsulares, lo imprimimos como nadie en nuestras costumbres y en nuestras instituciones, haciendo de él el fundamento y la razón de ser de nuestro imperialismo, que es el úni-

Firmin Roz, *La monarchie des Habsbourgs*, París, 1917, en sus páginas 237 y siguientes. Léase también el libro de Georges Batault, *Le problème juif*, donde hay un capítulo titulado *Le Judaisme et le Puritanisme*, suficientemente aclaratorio. Dice Batault en las páginas 48 y 49 de este volumen: «L'economiste Max Weber s'était efforcé de metre en lumière le rapport étroit qui unit le mouvement puritain au développement du capitalisme moderne; c'est en reprenant cette étude et en le poussant plus à fond que Mr. Sombart fut amené à demontrer que tous los éléments de la mentalité puritaine qui sont en relation avec les progrès de l'esprit capitaliste procedent directement du judaisme». El libro de Sombart titúlase *Die Juden und das Wirtschaftsleben*.

co *imperialismo legítimo*, porque es el único que se basa en motivos espirituales y, por tanto, civilizados. Se impone por esto el que, como prelude de nuestra resurrección en las escenas de la Historia, la «leyenda negra» se deshaga por obra de nuestro esfuerzo, de un esfuerzo inteligente de portugueses y españoles, realizado con perfecta lealtad.

Uno de los capítulos más turbios y falsos de la «leyenda negra» es, sin duda, el de la separación de los dos pueblos tan allegados, tan hermanos. Sabemos ya la parte que a los portugueses cupo en el patrimonio de cultura y gloria que en la transcripción de don Rafael Altamira, un poco celosa e injustamente, se atribuye sólo a España, como sinónimo de nacionalidad y no de Península. Sabemos también el valor que es necesario dar al apelativo «hispanico» y el significado que de él se encuentra en Camoens. Desbrozando de esta forma el camino de las generaciones futuras, contribuyamos incesantemente para que, según los votos de Sánchez Moguel, «se reconozca al fin y al cabo que la historia de Portugal y la historia de España son inseparables, que una y otra se explican y completan recíprocamente, y que en esa historia común estarán siempre, con las venerandas memorias de nuestros padres, los sagrados títulos de fraternidad y concordia de sus hijos en ambos Continentes» (1).

(1) Sánchez Moguel, *Reparaciones históricas, Estudios peninsulares. Primera serie*. (Es la única publicada). Madrid, 1894; página 130.

LO QUE NOS DIVIDE

Si la Historia y la Geografía nos individualizan como nación aparte, la Historia y la Geografía nos amplían y completan también en una especie de supernacionalismo, que excede los límites de la propia Península, para trasponer el Atlántico y encuadrar las patrias americanas de origen peninsular. En la rápida revisión a que procedemos de los lazos culturales y sociales que estrechan a Portugal y a España en una superior unidad espiritual quedó suficientemente esclarecida la importancia del problema hispanista, en cuanto al pasado. Lo que no se corrigió, ni sucintamente, fué ese aspecto de la «leyenda negra» que se relaciona con los resentimientos portugueses contra Castilla. El asunto es vasto y el terreno difícil, porque no se desmonta en un momento todo el complicado engranaje declamatorio que enmascara, aún hoy, la faz verdadera de la cuestión peninsular. A los reparos que tal vez nos hayan de dirigir quienes, en nombre de una falsa razón patriótica profesan la más inadmisibles de las ignorancias, podemos responder, ahora y siempre, con aquel pasaje de Sousa Viterbo en su espléndida monografía *A literatura*